

Las víctimas de nuestras discordias (y qué víctimas!) se acogían al altar, bien así como los naufragos se abrazan á la roca en que cifran su salvacion.

Lleno de los recuerdos de nuestras costumbres, de la gloria y de los monumentos de nuestros reyes, el *Genio del Cristianismo* respiraba la monarquía por entero; su heredero legítimo estaba oculto, digámoslo así, en el fondo del santuario, cuyo velo descendía mi mano; y la corona de San Luis brillaba suspensa del altar del Dios de San Luis. Los franceses aprendieron á dirigir con amargura sus miradas á lo pasado; preparáronse las sendas del porvenir, y se reanimaron las casi muertas esperanzas.

Bonaparte, que deseaba á la sazón cimentar su poder sobre la primera base de la sociedad, y que acababa de hacer arreglos con la corte de Roma, no opuso obstáculo alguno á la publicacion de una obra tan útil á la popularidad que ambicionaba. Y como tenia que luchar contra los hombres que le rodeaban, enemigos declarados de toda concesion religiosa, se recogió al verse defendido en lo exterior por la opinion invocada en el *Genio del Cristianismo*. Mas tarde se arrepintió de su error; y en el momento de su caída confesó que esta habia sido la obra mas perjudicial á su poder.

Empero Bonaparte, que amaba la gloria, se dejó fascinar por lo que presentaba su sello; érale grata la nombradía; y aunque en breve toda reputacion llegó á excitarle envidia, al principio se esforzaba en apoderarse del hombre en quien reconocia alguna fuerza. Por esta razon, aunque el Instituto no incluyó la presente obra en el número de las que aspiraban al premio decenal, recibió la orden de presentar un informe sobre ella; y aunque yo habia herido mortalmente á Bonaparte, este hablaba todos los dias á Mr. de Fontanes de los empleos que se proponia crear para mí, y de las cosas extraordinarias que reservaba á mi fortuna.

Aquel tiempo ha huido; han trascurrido veinte años, han brotado nuevas generaciones, y un mundo antiguo que estaba fuera de Francia, ha vuelto á ella.

Este mundo ha disfrutado de trabajos concluidos por esfuerzos ajenos á los suyos, sin conocer los afanes que han costado; ha visto destruido el ridículo de que Voltaire habia cubierto la religion; ha visto á la juventud asistir á misa, y á los sacerdotes respetados en nombre de su martirio; pero ese mundo antiguo ha creído que todo esto se habia producido por sí mismo, y sin necesidad de ajeno concurso.

Ni se tardó en sentir cierta especie de desvío hácia el hombre que habia vuelto á abrir la puerta de los templos, predicando la moderacion evangélica; hácia el hombre que habia querido hacer amar el Cristianismo por la hermosura de su culto, por el espíritu de sus oradores, por la ciencia de sus doctores, y por las virtudes de sus apóstoles y discípulos. Si era menester llegar mas allá, confieso en mi conciencia que esto no me fue posible.

Por espacio de veinte años mi vida ha sido un combate contra lo que me ha parecido falso en religion, en filosofia y en política, contra los crímenes ó errores de mi siglo, y contra los hombres que abusaban del poder supremo para corromper ó para esclavizar á los pueblos. Nunca he parado mientes en el grado de elevacion en que esos hombres se mostraban; y desde Bonaparte que hacia temblar al mundo, pero que nunca me hizo temblar, hasta los oscuros tiranuelos, conocidos tan solo por mi desprecio, me he atrevido á decir todo al que osaba intentarlo todo. Por donde quiera he podido, he alargado la mano á la desgracia sin tener nada de comun con la prosperidad; que siempre dispuesto á mitigar los infortunios, no sé lisonjear las pasiones vencedoras.

¿Hubiera sido acertado seguir la senda trazada por mí, para devolver á la religion su saludable influencia? Así lo creo. Examinando el espíritu de nuestras insti-

tuciones, penetrándose del conocimiento del siglo y armonizando las virtudes de la Fe con las de la Caridad, hubiérase llegado con seguridad al fin propuesto. Vivimos en un tiempo en que son menester mucha indulgencia y misericordia. Una juventud generosa está próxima á arrojarse en brazos de cualquiera que le predique sus nobles sentimientos, que tanto se hermanan con los sublimes preceptos del Evangelio, pero detesta la sumision servil; que en su digno afán por instruirse, profesa á la razon un apego superior á su edad.

El *Genio del Cristianismo* ve hoy la luz, desprendido de las circunstancias á que hubiera podido atribuirse una parte de su buena acogida. Los altares han sido levantados de nuevo; los sacerdotes han vuelto del cautiverio; los prelados están investidos con las primeras dignidades del Estado. Esa especie de desfavorable prevencion con que por lo general se mira al poder, debería tener igual lugar respecto de todo lo que ha favorecido su restablecimiento, pues cuando se combate se piensa poco en la victoria.

Acaso el autor perjudicaria en estos momentos á la obra. No sé en qué consiste que los servicios que he tenido la fortuna de prestar, han sido muy pocas veces objeto de gratitud hácia mí por parte de aquellos á quienes los he prestado; siendo así que aquellos á quienes he combatido, han mostrado siempre inclinacion á mis escritos y aun á mi persona; no son, por cierto, mis enemigos los que me han calumniado. ¿Será que en las opiniones que he apoyado, porque bajo mas de un concepto son las mías, se encierre cierto fondo de ingratitud? No, seguramente: toda la falta está de mi parte.

Atendidas las diferentes consideraciones de tiempos, lugares y personas, debo deducir que si el *Genio del Cristianismo* halla todavía lectores, las causas de esto no deben buscarse ya en las mismas que le valieron su primer triunfo; pues en el mismo grado que las circunstancias le fueron favorables en otro tiempo, le son contrarias hoy. No obstante, mi obra se reimprime á pesar de la multitud de antiguas ediciones, y continuo considerándola como mi primer título al público aprecio.

## PRIMERA PARTE.

### DOGMA Y DOCTRINA.

#### LIBRO PRIMERO.

##### Misterios y Sacramentos.

#### CAPITULO PRIMERO.

##### INTRODUCCION.

TRES clases de enemigos han combatido sin cesar el Cristianismo, desde su feliz aparicion sobre la tierra: los herejes, los sofistas, y esos hombres frívolos en la aparicion que destruyen todo con el arma de la risa. Numerosos apologistas han contestado victoriosamente á las sutilezas y mentiras; pero han sido menos felices contra la sátira. San Ignacio de Antioquia, San Ireneo, obispo de Lyon, y Tertuliano, en su *Tratado de las Prescripciones*, que Bossuet califica de divino, impugnaron á los innovadores, cuyas orgullosas interpretaciones corrompian la sencillez de la fe.

La calumnia fue rechazada primero por Cuadrato y Aristides, filósofo de Atenas; pero nada conocemos

de sus apologias, á escepcion de un fragmento de la primera, conservado por Eusebio. San Jerónimo y el obispo de Cesarea hablan de la segunda como de una obra maestra.

Los paganos echaban en cara á los fieles el ateísmo, el incesto y ciertas comidas abominables, en que, según decian, se devoraba la carne de un niño recién nacido. San Justino defendió la causa de los cristianos después de Cuadrato y Aristides; mas su estilo carece de galas, y las actas de su martirio prueban que derramó su sangre por su religion con la misma sencillez con que habia escrito por ella. Atenágoras empleó mas ingenio en su defensa; pero no tiene la originalidad de Justino ni la vehemencia del autor de la *Apologética*. Tertuliano es el Bossuet africano y bárbaro; Teófilo, en los tres libros dedicados á su amigo Autólico, revela imaginacion y ciencia; y el *Octavio* de Minucio Félix presenta el hermoso cuadro de un cristiano y de dos idólatras que hablan de la religion y de la naturaleza de Dios, paseándose á orillas del mar.

Arnobio el retórico, Lactancio, Eusebio y San Cipriano han defendido tambien el Cristianismo; pero se detuvieron menos en hacer resaltar sus bellezas, que en poner de manifiesto los absurdos de la idolatría.

Orígenes, que combatió á los sofistas, parece haber tenido las ventajas de la erudicion, del raciocinio y del estilo, sobre su adversario Celso. El griego de Orígenes es muy armonioso, pero está mezclado de hebraísmos y de locuciones extrangeras: habitual achaque de escritores que poseen muchos idiomas.

En tiempo del emperador Juliano la Iglesia se vió expuesta á una persecucion del carácter mas peligroso, pues no se empleó la violencia sino el desprecio contra los cristianos. Empezóse despojando los altares, para concluir prohibiendo á los fieles la enseñanza y el estudio de las letras. Mas, el emperador que conocia la ventaja de las instituciones cristianas, y quiso imitarlas al abolirlas, fundó hospitales y monasterios; y á semejanza del culto evangélico, procuró unir la moral á la religion, haciendo pronunciar en los templos una especie de sermones.

Los sofistas que rodeaban á Juliano se desataron contra el Cristianismo, y el mismo Juliano no se dignó medir sus fuerzas con los *Galileos*; la obra que contra ellos escribió no ha llegado hasta nosotros; pero San Cirilo, patriarca de Alejandria, cita algunos fragmentos en su refutacion, trabajo que poseemos. Cuando Juliano se muestra razonador, San Cirilo triunfa de él; mas cuando el emperador recurre á la ironía, el patriarca pierde sus ventajas. El estilo de Juliano es vivo, animado, florido, al paso que San Cirilo se encoleriza y se muestra incoherente, oscuro, amanerado. Desde Juliano hasta Lutero la Iglesia no hubo menester de apologistas, puesto que se hallaba en su apogeo. Al estallar el cisma en Oriente, á la par de sus nuevos enemigos se dejaron ver sus nuevos defensores. Forzoso es confesarlo: los protestantes alcanzaron al principio la superioridad sobre los católicos, á lo menos en cuanto á las formas literarias, como lo observa Montesquieu. El mismo Erasmo se mostró débil contra Lutero; y Teodoro de Beza tuvo una ligereza de estilo de que por lo general carecieron sus adversarios.

Empero cuando Bossuet descendió á la arena, la victoria no se mantuvo indecisa mucho tiempo, y de nuevo fue derrotada la hidra de la herejía. Su *Historia de las Variaciones* y su *Exposicion de la Doctrina católica* son dos obras maestras que pasarán á la posteridad.

Es natural que el cisma conduzca á la incredulidad, y que el ateísmo siga á la herejía. Bayle y Espinosa aparecieron después de Calvino, pero hallaron en Clarke y Leibnitz dos talentos capaces de refutar sus sofismas. Abadía escribió en favor de la religion una

apologia notable por su método y raciocinio. Por desgracia, su estilo es desmayado, aunque sus ideas no carecen de cierto brillo. «Si los filósofos antiguos, dice Abadía, adoraban las virtudes, esta adoracion no era en último término otra cosa que una hermosa idolatría.»

Mientras la Iglesia triunfaba aun, Voltaire hacia renacer la persecucion de Juliano, teniendo el arte funesto de hacer de moda la incredulidad en un pueblo caprichoso y frívolo, y afilando el amor propio de la generalidad en liga tan insensata; la religion se vió atacada con todo género de armas, desde el ligero folleto hasta el pesado in-folio; desde el festivo epigrama hasta el grave sofisma. Si veía la luz algun libro religioso, el autor era al punto ridiculizado, en tanto que todos ensalzaban hasta las nubes ciertas obras de que Voltaire era el primero en burlarse con sus amigos; que muy superior á sus discípulos no podia menos de reirse algunas veces de su entusiasmo religioso. No obstante, tan destructor sistema iba propagándose por Francia y estableciéndose en las academias de provincia, que han sido otros tantos focos de mal gusto y de facciones. Las mujeres de alguna posicion social y los graves filósofos tenían sus cátedras de incredulidad. Por último, se reconoció que el Cristianismo era un sistema bárbaro, cuya caída debia tener lugar mas ó menos pronto, en bien de la libertad humana, del progreso de las luces, de las dulzuras de la vida, y del refinamiento de las artes.

Prescindiendo del abismo en que estos principios nos han hundido, las consecuencias inmediatas de este odio al Evangelio fueron un retroceso mas afectado que sincero al culto de los dioses de Roma y Grecia, á quienes se atribuyeron los prodigios de la antigüedad. No causó vergüenza el echar de menos ese culto que convertia al género humano en un rebaño de insensatos, de impúdicos ó de fieras. De aquí debia forzosamente llegarse al desprecio de los escritores del siglo de Luis XIV, que si á tan alta perfeccion supieron elevarse, lo debieron á la índole religiosa de sus escritos. Y si nadie se atrevió á contrarestarles de frente á causa de la celebridad que les rodeaba, atacóseles de una manera indirecta, haciendo creer que habian sido secretamente incrédulos, ó por lo menos que hubieran sido varones harto mas eminentes si hubiesen vivido en nuestros dias. Todos los autores bendecian el destino que les habia hecho nacer en el hermoso siglo de los Diderot y los Alembert; siglo en que los documentos de la sabiduria humana estaban dispuestos por orden alfabético en la *Enciclopedia*, Babel de las ciencias y de la razon.

Algunos hombres dotados de gran doctrina y superior talento intentaron oponerse á este torrente, pero su resistencia fue inútil, puesto que su voz se perdió entre la muchedumbre, y su victoria quedó ignorada de un mundo frívolo, que sin embargo gobernaba la Francia, y al que por esta razon era necesario comover.

Así pues, la misma fatalidad que habia hecho triunfar á los sofistas en tiempo de Juliano, se declaró en su favor en nuestro siglo. Los defensores de los cristianos cayeron en una falta que ya les habia perdido, pues no echaron de ver que ya no se trataba de discutir acerca de este ó de aquel dogma, cada vez que se rechazaban absolutamente sus bases. Hablando de la mision de Jesucristo, y subiendo de consecuencia en consecuencia, establecian, es cierto, con mucha solidez las verdades de la fe; pero semejante modo de argumentar, muy á propósito en el siglo xvii, cuando nadie controvertia sobre la esencia de los hechos, era de todo punto ineficaz en nuestros dias. Era indispensable tomar el camino contrario, pasando del efecto á la causa, esto es, no probando que el Cristianismo es excelente porque emana de Dios, sino que emana de este porque es excelente.

Era además otro error el ocuparse en responder con formalidad á unos sofistas, hombres á quienes no es posible convencer, porque siempre están equivocados. Olvidábase que nunca buscan de buena fe la verdad, y que solo siguen su sistema en razon de la celebridad que alcanza; prontos á mudar de opinion al dia siguiente.

Por no haber hecho esta observacion, se perdió mucho tiempo y trabajo. No se trataba de reconciliar con la Religion á los sofistas, sino al mundo extraviado por ellos, pues se le seducia diciéndole que el Cristianismo era un culto nacido del seno de la barbarie, absurdo en sus dogmas, ridiculo en sus ceremonias, enemigo de las artes y de las letras, de la razon y de la hermosura; culto que no habia hecho sino derramar sangre, ahorrjar á los hombres, y retrasar la felicidad y las luces del género humano. Debía, por consiguiente, probarse todo lo contrario; es decir, que de todas las religiones que han existido, la cristiana es la mas poética, la mas humanitaria, la mas favorable á la libertad, á las artes y las letras; que el mundo moderno le es deudor de todo, desde la agricultura hasta las ciencias abstractas: desde los hospicios fundados para los desvalidos, hasta los templos edificadas por Miguel Angel y decorados por Rafael. Debíase demostrar que nada es mas divino que su moral, que nada es mas amable y pomposo que sus dogmas, su doctrina y su culto; debía decirse que favorece al genio, depura el gusto, desarrolla las pasiones virtuosas, imprime vigor al pensamiento, ofrece nobles formas de estilo al escritor, y acabados modelos al artista; que no es vergonzoso creer con Newton y Bossuet, con Pascal y Racine; preciso era en fin apelar á todos los prestigios de la imaginacion y á todos los intereses del corazón en defensa de esa misma Religion contra la cual habian sido armados aquella y este.

Aquí ve el lector el plan de nuestra obra. Los demás géneros de apologías están agotados, y acaso serian inútiles en estos momentos. ¿Quién leería hoy una obra de teología? tan solo algunos hombres piadosos que no necesitan ser convencidos, ó algunos verdaderos cristianos, ya persuadidos. Pero tal vez se preguntará: «¿No hay algun peligro en considerar la Religion bajo un punto de vista puramente humano?» «¿Cómo! ¿Teme acaso nuestra Religion la luz? Convicente prueba de su celestial origen es que arrostra incólume el examen mas severo y minucioso de la razon. ¿Se pretende que nuestros adversarios nos lancen eternamente la acusacion de que ocultamos nuestros dogmas en una santa noche, por temor de que se patentice su falsedad? ¿Parecerá menos verdadero el Cristianismo cuando parezca mas hermoso? Desterremos pusilánimes preocupaciones, que no es justo dejar perecer la Religion por un exceso de Religion. No vivimos ya en los tiempos en que bastaba decir: *Creed, y no examineis*, puesto que se examinará por mas que se pretenda evitarlo; y nuestro cobarde silencio, no solo aumentará el triunfo de los incrédulos, sino que disminuirá el número de los fieles.

Tiempo es ya de que el mundo sepa á qué se reducen esas acusaciones de absurdo, groseria y pequeñez, diariamente fulminadas contra el Cristianismo; tiempo es ya de probar que lejos de amenguar la inteligencia, se presta maravillosamente á las altas inspiraciones del genio, siéndole dado embelesar el alma no menos divinamente que los dioses de Virgilio y Homero. Nuestras razones tendrán á lo menos la ventaja de hallarse al alcance de todos, bastando un mediano buen sentido para juzgarlas. Quizá se desdeña en demasia, en este género de obras, el lenguaje propio de cada lector; pero si es preciso ser docto con el docto, lo es tambien ser poeta con el poeta. Dios nos prohibe seguir las sendas de flores cuando conducen á Él, que no siempre la descarriada oveja torna al aprisco por los ásperos y encumbrados caminos de la montaña.

Nos atrevemos á creer que este medio de considerar el Cristianismo presenta relaciones poco conocidas: sublime por la antigüedad de sus recuerdos, que suben hasta el origen del mundo, inefable en sus misterios, adorable en sus Sacramentos, interesante en su historia, celestial en su moral, rico y encantador en sus pompas, reclama toda especie de cuadros. ¿Queréis seguirlo en la poesía? El Taso, Milton, Corneille, Racine y Voltaire os pintan sus milagros. ¿En las bellas letras, la elocuencia, la historia y la filosofía? ¿Qué no han hecho, merced á su inspiracion, Bossuet, Fenelon, Massillon, Bourdaloue, Bacon, Pascal, Euler, Newton y Leibnitz! ¿En las artes? ¿Qué de obras maestras! Si lo examináis en su culto, ¿cuánto no os dirán sus antiguas catedrales góticas, sus admirables oraciones y sus soberbias ceremonias! En su clero hallaréis á todos los hombres que os han transmitido la lengua y las obras de Roma y Grecia; á todos los solitarios de la Tebaida; á todos los asilos para los desgraciados, á todos los misioneros de la China, del Canadá y el Paraguay, sin olvidar las Ordenes militares, origen de la Caballería. Hemos hecho servir á nuestra causa las costumbres de nuestros antepasados, la pintura de los antiguos dias, la poesía, y hasta las novelas y los secretos de la vida. Pedimos sonrisas á la cuna y lágrimas al sepulcro; ora habitamos las cimas del Carmelo y del Libano, con el monge maronita; ora velamos á la cabecera del enfermo con la hermana de la Caridad; aquí dos esposos americanos nos llaman al fondo de sus desiertos; allí cimos gemir á la virgen en las soledades de cláustro; Homero viene á colocarse al lado de Milton, y Virgilio cerca del Taso; las ruinas de Menfis y Atenas contrastan con las de los templos cristianos, y los sepulcros de Osian con nuestros cementerios campestres; visitamos en San Dionisio las cenizas de los reyes; y cuando nuestro asunto nos obligue á hablar del dogma de la existencia de Dios, nos limitaremos á buscar las pruebas de ella en las maravillas de la naturaleza; en una palabra, nos proponemos conmovier por todos los medios posibles el corazón del incrédulo, sin atrevernos á creer que poseemos esa vara de la Religion que hace brotar fuentes de agua viva del infecundo seno de un peñasco.

Cuatro partes, divididas cada una en seis libros, componen la presente obra. La primera trata de los dogmas y de la doctrina.

La segunda y la tercera encierran la parte poética del Cristianismo, ó sean las relaciones de esta Religion con la poesía, la literatura y las artes.

La cuarta contiene el culto, es decir, todo lo que se refiere á las ceremonias de la Iglesia, y todo lo relativo al clero secular y regular.

Por lo demás, hemos acercado con frecuencia los dogmas y la doctrina de los demás cultos á los dogmas y la doctrina del culto evangélico; y para satisfacer á toda clase de lectores, hemos tocado tambien algunas veces la parte histórica y mística de la Religion. Conocido ya por el lector el plan general de la obra, entremos en el examen de los Dogmas y de la Doctrina; y antes de pasar á los Misterios cristianos, empecemos por analizar la naturaleza de las cosas misteriosas.

## CAPITULO II.

### De la naturaleza del Misterio.

Solo son hermosas, dulces y grandes en la vida las cosas misteriosas. Los sentimientos mas maravillosos son aquellos que nos agitan un poco confusamente: el pudor, el amor casto y la amistad virtuosa están llenos de misterios. Pudiera decirse que los corazones que se aman se entienden á medias palabras, y que solo están entreabiertos. La inocencia, que es una santa ignorancia, ¿no es el mas inefable de los misterios? La niñez no es tan feliz sino porque nada sabe; y la

vejez no es tan desgraciada sino porque lo sabe todo; en buen hora para ella, al terminar los misterios de la vida, empiezan los de la muerte.

Si esto sucede respecto de los sentimientos, lo mismo ocurre respecto de las virtudes, siendo las mas angelicales aquellas que, emanando inmediatamente de Dios, como la Caridad, se gozan en ocultarse á las miradas, como su divino manantial.

Pasando á las relaciones del espíritu, vemos que los placeres intelectuales son tambien secretos. El secreto es de naturaleza tan divina, que los primeros hombres del Asia no hablaban sino por medio de símbolos. ¿A qué ciencia nos inclinamos sin cesar? No sino á aquella que siempre deja algo por adivinar, y que fija nuestras ideas en una perspectiva infinita. Sin ostrastraviamos en el desierto, una especie de instinto nos hace huir de las llanuras, donde todo se descubre de una ojeada, y nos encaminamos en busca de esos bosques, cuna de la Religion; de esos bosques cuya sombra, rumores y silencio están llenos de prodigios; de esas soledades donde los cuervos y las abejas suministraban alimento á los primeros padres de la Iglesia, y donde aquellos santos varones gustaban tales delicias, que esclamaban: *¡Basta, Señor, que espiraré de dulzuras, sino mitigais mi alegría!* En fin, nadie se detiene al pié de un monumento moderno, cuyo origen es conocido; pero hállase inopinadamente en una isla desierta en medio del Océano una estatua de bronce, cuyo brazo extendido muestra las regiones donde se pone el sol, y cuya base está cargada de geroglíficos, y corroida por el mar y el tiempo, y ¡qué manantial de meditaciones para el viajero! Todo es oculto, todo ignorado en el universo. El hombre mismo ¿no es un extraño misterio? ¿De qué foco parte la centella que denominamos existencia, y en qué noche va á extinguirse? El Eterno ha colocado el nacimiento y la muerte bajo la forma de dos fantasmas veladas, en las dos extremidades de nuestra carrera: el uno produce el inconcebible momento de nuestra vida, que el otro se apresura á devorar.

No debe pues, sorprendernos, vista la propension del hombre á los misterios, que las religiones de todos los pueblos hayan tenido sus secretos impenetrables. Los adivinos estudiaban las palabras prodigiosas de las palomas de Dodona; la India y la Persia, la Etiopia y la Escitia, las Galias y la Escandinavia tenían sus cavernas, sus montañas santas y sus encinas sagradas, donde el bracman, el mago, el gimnosofista y el druida pronunciaban el oráculo inexplicable de los Inmortales.

¿No permita Dios que intentemos comparar estos misterios con los de la religion verdadera, y las inmutables profundidades del Señor que puebla los cielos, con las instables oscuridades de esos dioses, obra de la mano de los hombres! Nuestro objeto ha sido únicamente hacer ver que no hay religion sin misterios, porque ellos y el sacrificio constituyen esencialmente el culto; el mismo Dios es el gran misterio de la naturaleza; la Divinidad estaba cubierta con un velo en Egipto, y la Esfinge se sentaba en el umbral de sus templos.

## CAPITULO III.

### DE LOS MISTERIOS CRISTIANOS.

#### De la Trinidad.

DESCÚBRESE al primer golpe de vista, en lo relativo á los Misterios, una gran ventaja de la religion cristiana sobre las religiones de la antigüedad, cuyos Misterios no tenían relacion alguna con el hombre, y solo formaban á lo mas un asunto de reflexiones para el filósofo, ó de cantos para el poeta. Nuestros Misterios, por el contrario, se dirigen á nosotros, pues contienen

los arcanos de nuestra naturaleza. No se trata ya de un inútil arreglo de nombres, sino de la salvacion y prosperidad del género humano. El hombre, que tan á fondo conoce todos los dias su ignorancia y su debilidad, ¿pudiera desechar los misterios de Jesucristo, que son los de los desvalidos?

La Trinidad, primer misterio de los cristianos, abre un campo vastísimo de estudios filosóficos, bien sea que se le considere en los atributos de Dios, bien se busquen los vestigios de este dogma, antiguamente difundido en el Oriente. Es un torpe modo de discurrir el rechazar lo que no puede ser comprendido. Partiendo desde las cosas mas sencillas de la vida, sería fácil demostrar que lo ignoramos todo; ¡y queremos sondear los designios de la Sabiduría!

La Trinidad fue tal vez conocida por los egipcios, pues la inscripcion griega del gran obelisco del Circo Mayor, decia:

El gran Dios; el Engendrado de Dios, y el Todo-Brillante. (*Apolo, el Espíritu*).

Heráclido de Pont y Porfirio reproducen un famoso oráculo de Serapis:

*Todo es Dios en el origen; despues el Verbo y el Espíritu; tres dioses coengendrados á la par, y reuniéndose en uno solo.*

Los magos tenían una especie de Trinidad en su Metris, Oromasis y Araminis, ó sean Mitra, Oromaso y Aramino.

Platon habla al parecer de este dogma en muchos lugares de sus obras.

No solo se pretende, dice Dacier, que conoció el Verbo, hijo eterno de Dios, sino que tambien se asegura que conoció el Espíritu Santo; y que por consiguiente tuvo alguna idea de la Santísima Trinidad, porque escribe al jóven Dionisio:

«Debo declarar á Arquedemo lo que es mucho mas precioso y divino, y lo que tienes gran deseo de saber, pues así me lo has expresamente manifestado; porque, según lo que él me ha dicho, crees que no te he explicado con bastante claridad lo que opino acerca de la naturaleza del Primer-Principio; debo escribirlo por enigmas, para que si mi carta es interrumpida en tierra ó mar, el que la lea no entienda su contenido. Todas las cosas están alrededor de su rey; subsisten por él, y él solo es la causa de las cosas buenas; segundo para las segundas, y tercero para las terceras.»

En el *Epinomis* y en otras partes establece por principio el primer bien, el Verbo ó el entendimiento, y el alma. El primer bien es Dios;... el Verbo ó el entendimiento, es el hijo de este primer bien, que lo ha engendrado semejante á él; y el alma, que es el término entre el Padre y el Hijo, es el Espíritu-Santo.

Platon habia tomado esta doctrina de la Trinidad de Timeo de Locres, que la habia recibido de la escuela itálica. Marsilio Ficino, en una de sus observaciones relativas á Platon, prueba, de acuerdo con Jámblico, Porfirio, Platon y Máximo de Tiro, que los pitagóricos conocian tambien la excelencia del Ternario, indicado por Pitágoras en este símbolo: *Honorato in primis habitum, tribunal et Triobolum*.

La Trinidad es conocida en las Indias.

«Lo mas notable y sorprendente que he visto en este género, dice el padre Calmette, es un texto sacado del Lamaastambam, uno de sus libros... Empieza diciendo: El Señor, el bien, el gran Dios, en su boca reside la palabra. (La voz de que se sirven la personifica). Habla luego del Espíritu-Santo en estos términos: *Ventus seu Spiritus perfectus*, y concluye por la creacion, atribuyéndola á un solo Dios.»

En el Tibet:

«Hé aquí lo que acerca de la religion del Tibet ha

llegado á mi noticia : aquellos naturales llaman á Dios *Konciosa*, y parece tienen alguna idea de la adorable Trinidad, porque ya le llaman *Koncikocick*, Dios uno; ya le denominan *Kocioksum*, Dios trino. Sirvense de una especie de rosario, sobre el cual pronuncian estas palabras : *om, ha, hum*; y cuando se les pide la explicación de ellas, responden que *om* significa inteligencia ó brazo, es decir, poder; que *ha* es la palabra, y que *hum* es el corazón ó el amor; voces que, reunidas, significan *Dios*.

Los misioneros ingleses en Otaiti han encontrado algunos vestigios de la Trinidad entre los dogmas religiosos de los habitantes de esta isla.

Además, creemos entrever en la naturaleza misma una prueba física de la Trinidad. Es el architipo del universo, ó si se quiere, su divina armazón. ¿No sería posible que la forma exterior y material participase del arco interior y espiritual que la sostiene, á la manera que Platon representaba las cosas corporales como la sombra de los pensamientos de Dios? El número tres parece ser en la naturaleza el término por excelencia. El tres no es engendrado, y engendra todas las demás fracciones, lo que inducía á Pitágoras á denominarle el número *sin madre*.

Puede descubrirse alguna tradición oscura de la Trinidad, hasta en las fábulas del politeísmo.

Las Gracias la habían tomado por su término; existía en el Tártaro, para la vida y la muerte del hombre, y para la venganza celestial; por último, tres dioses hermanos componían, reuniéndose, el poder entero del universo.

Los filósofos dividían el hombre *moral* en tres partes; y los padres de la Iglesia creyeron hallar la imagen de la Trinidad espiritual en el alma del hombre.

«Si imponemos silencio á nuestros sentidos, dice Bossuet, y nos encerramos durante algún tiempo en el fondo de nuestra alma, es decir, en esa parte donde la verdad se hace oír, veremos en ella alguna imagen de la Trinidad que adoramos. El pensamiento, que sentimos nacer como el germen de nuestro espíritu, y como el hijo de nuestra inteligencia, nos ofrece alguna idea del Hijo de Dios concebido eternamente en la inteligencia del Padre celestial. Hé aquí por qué este hijo de Dios toma el nombre de Verbo, para que entendamos que nace en el seno del Padre, no como nacen los cuerpos, sino como nace en nuestra alma esa palabra interior que en ella oímos, cuando contemplamos la verdad.

«Empero la fecundidad de nuestro espíritu no termina en esa palabra interior, en ese pensamiento intelectual, en esa imagen de la verdad que se forma en nosotros. Amamos esa palabra interior y el espíritu en que nace; y al amarla sentimos dentro de nosotros cierta cosa que no nos es menos preciosa que nuestro espíritu y nuestro pensamiento; que es el fruto del uno y del otro, que los une, que se une á ellos y forma con ellos una misma vida.

«Así, pues, en cuanto es posible hallar relaciones entre Dios y el hombre, se produce en Dios el amor eterno, que sale del Padre que piensa, y del Hijo, que es su pensamiento, para formar con él y su pensamiento una misma naturaleza, igualmente feliz y perfecta.»

Hé aquí un hermoso comentario á propósito de una sola palabra del Génesis : *Hagamos al hombre*.

Tertuliano se expresa en estos términos en su *Apologetica*, acerca del gran misterio de nuestra religión:

«Dios ha creado el mundo mediante su *palabra*, su *razón* y su *poder*. Vuestros mismos filósofos convienen en que *logos*, el Verbo y la razón, es el creador del universo. Los cristianos añaden únicamente que la propia sustancia del *verbo* y de la *razón*, esa sustancia por cuyo medio Dios ha producido todo, es *espíritu*; que esa *palabra* ó el *verbo* ha debido ser pronunciada por Dios, y que habiéndola Dios pronun-

ciado, la ha engendrado; siendo, por lo tanto, *Hijo de Dios*, y Dios, en virtud de la unidad de su sustancia. Si el sol dilata uno de sus rayos, su sustancia no se separa, sino que se extiende. Así pues, el Verbo es *espíritu* de un espíritu, y *Dios* es Dios, como una luz encendida en otra. Por consiguiente, lo que procede de Dios es *Dios*, y los dos con su espíritu, no forman sino uno, que se diferencia en propiedades, no en número; en orden, no en naturaleza; el Hijo ha salido de su principio sin abandonarlo; ahora bien : este rayo de Dios ha bajado al seno de una virgen, y se ha revestido de carne, haciéndose un hombre unido á Dios. Esta carne, sostenida por el espíritu, se alimenta, crece, habla, enseña y obra : ved aquí á Jesucristo.

Esta demostración de la Trinidad puede ser comprendida por cualquiera inteligencia por mediana que sea. Es preciso recordar que Tertuliano hablaba á unos hombres que perseguían á Jesucristo, y que se esforzaban por hallar algún medio de atacar la doctrina y hasta las personas de sus defensores. No ampliaremos estas pruebas, y las abandonamos á los que han estudiado la secta itálica y la alta teología cristiana.

Por lo que respecta á las imágenes que someten á la debilidad de nuestros sentidos el mayor de los misterios, nos cuesta trabajo adivinar lo que el formidable triángulo de fuego impreso en la nube, pueda tener de ridículo en poesía. El Padre bajo la figura de un anciano, magestuoso antepasado de los tiempos, ó representado como una efusión de luz, ¿será una pintura tan inferior á las de la mitología? ¿No es cosa que maravilla el ver al Espíritu-Santo, al espíritu sublime de Jehová, conducido por el emblema de la dulzura, del amor y de la inocencia? ¿Siente Dios la necesidad de sembrar su palabra? El Espíritu no es ya esa paloma que cubría á los hombres bajo sus alas de paz, sino un Verbo visible, una lengua de fuego que habla todos los idiomas de la tierra, y cuya elocuencia levanta ó derriba los imperios.

Para pintar al divino Hijo, nos bastará trasladar aquí las palabras del que lo contempló en la plenitud de su gloria : «Estaba sentado en un trono, dice el Apóstol; su rostro brillaba como el sol en toda su fuerza; sus pies se asemejaban al metal fundido en la fragua, y sus ojos eran dos ascuas. De su boca salía una espada de dos filos; en la mano derecha tenía siete estrellas, en la izquierda un libro sellado con siete sellos, y delante de sus labios corría un río de luz. Los siete espíritus de Dios resplandecían en su presencia como siete lámparas, y de su escabel salían voces, relámpagos y rayos.» (*Apoc.*, cap. I y IV).

#### CAPITULO IV.

##### De la Redención.

Bien así como la Trinidad encierra los secretos del orden metafísico, la Redención contiene las maravillas del hombre, y la historia de sus fines y de su corazón. ¿Con cuánto asombro veríamos, si nos detuviésemos un poco en tan altas meditaciones, estos dos misterios que ocultan en sus sombras las primeras intenciones de Dios y el sistema del universo! La Trinidad confunde nuestra pequeñez, abisma nuestros sentidos con su gloria, y retrocedemos anonadados á su presencia. Pero la tierna Redención, al arrasar en lágrimas nuestros ojos, les evita que se deslumbren demasiado, permitiéndonos á lo menos fijarlas un momento sobre la Cruz.

Vemos desde luego salir de este misterio la doctrina del pecado original, que nos da la explicación del hombre. Sin la admisión de esta verdad, conocida por la tradición de todos los pueblos, nos rodea una noche impenetrable. ¿Cómo nos daríamos cuenta, sin la mancha primitiva, de la viciosa propensión de nues-

tra naturaleza, propensión combatida por una voz que nos dice que fuimos formados para la virtud? ¿Cómo explicarnos la aptitud del hombre para el dolor; cómo esos sudores que fecundan un surco terrible; cómo las lágrimas, las amarguras y los infortunios del justo; cómo los triunfos y prosperidades del perverso; cómo, repito, pudiera comprenderse todo esto sin una primera caída? Por haber desconocido esta degeneración, cayeron en extraños errores los filósofos de la antigüedad, é inventaron el dogma de la reminiscencia. Para convencernos de la fatal verdad de donde procede el misterio que nos rescata, no necesitamos más pruebas que la maldición lanzada contra Eva, maldición que todos los días se cumple á nuestra vista. ¡Cuántas cosas no encierra esa dilaceración de las entrañas, y no obstante, ese placer de la maternidad! ¡Cuán misteriosos anuncios del hombre y de su doble destino, predicen á la vez el dolor y la alegría de la mujer que le da á luz! No es posible desconocer las miras del Altísimo, al hallar los dos grandes fines del hombre en los dolores de su madre, y es preciso reconocer á un Dios, hasta en su maldición.

Además, vemos diariamente al hijo castigado por el padre, y el rechazo del crimen de un antepasado protervo herir á un descendiente virtuoso, lo cual prueba satisfactoriamente la doctrina del pecado original. Empero, como un Dios de bondad é indulgencia sabía que perecemos con esta caída, ha venido á salvarnos. No preguntemos á nuestro entendimiento sino á nuestro corazón, pues, somos débiles y culpables, cómo un Dios puede morir. Si este perfecto modelo del buen hijo; si este ejemplo de fiel amistad; si ese retiro al monte de las Olivas, ese cáliz amargo, ese sudor de sangre, esa mansedumbre de alma, esa cruz, ese velo rasgado, ese peñasco hendido y esas tinieblas de la naturaleza; si, por último, ese Dios que espira por los hombres, no puede conmover nuestro corazón ni inflamar nuestros deseos, es de temer que nunca se hallen en nuestras obras, como en las del poeta, «brillantes milagros,» *speciosa miracula*.

«Las imágenes no son razones, se me objetará tal vez; este es un siglo de luces, que nada admite sin pruebas.»

Que nos hallamos en un siglo de luces, cosa es de que algunos han dudado; pero no nos causará sorpresa el que se nos dirija la citada objeción. Siempre que se ha tratado de argumentar contra el Cristianismo, han respondido los Orígenes, los Clarke y los Bossuet; y cuando estos temibles adversarios han cerrado el camino á toda impugnación ulterior, se ha procurado desvirtuar sus razones, echando en cara al Cristianismo esas mismas disputas metafísicas en que se quisiera envolvernos. Decíase, como Arrio, Celso y Porfirio, que nuestra Religión es un tejido de sutilezas que nada ofrecen á la imaginación ni al corazón, y que no tienen otros sectarios que unos *locos é imbeciles*. Mas, ¿se presenta alguno que, respondiendo á estas acusaciones, se propone demostrar que el culto evangélico es el del poeta, el del alma tierna? pues bien : entonces se replica : «¿Qué prueba todo eso, sino que sabéis pintar un cuadro más ó menos perfecto?» En una palabra : si tratamos de pintar y conmover se nos piden *axiomas* y *corolarios*, y si procuramos razonar, se nos reclaman *sentimientos é imágenes*. Difícil es, por cierto, entenderse con unos enemigos tan frívulos, y que nunca se hallan en el lugar á donde nos llaman. Aventuraremos algunas palabras acerca de la Redención, para denostar que la teoría del Cristianismo no es tan absurda cual se finge creerlo.

Una tradición universal nos enseña que el hombre ha sido creado en un estado más perfecto que el actual, y que ha tenido una caída. Esta tradición se robustece con la opinión unánime de los filósofos de todos tiempos y países, que nunca han podido explicarse el hombre *moral*, sin suponer un primitivo estado de

perfección, de que la naturaleza humana ha caído por su culpa.

Si el hombre ha sido creado, lo ha sido para algún fin : por consiguiente, habiendo sido creado perfecto, el fin á que había sido llamado no podía dejar de serlo.

Pero, ¿la causa final del hombre no ha sufrido alguna alteración, en virtud de su caída? No, puesto que el hombre no ha vuelto á ser creado; no, puesto que la raza humana ha sido aniquilada, para ser reemplazada por otra.

Así pues, aunque el hombre se ha hecho mortal é imperfecto, merced á su desobediencia, ha subsistido no obstante con sus fines inmortales y perfectos. ¿Cómo llegará á estos fines, en su actual estado de imperfección? No le es posible conseguirlo mediante su propia energía, por la misma razón que un enfermo no puede elevarse á la altura de ideas á que un hombre en plena salud le es dado remontarse. Hay por lo tanto cierta desproporción entre la fuerza y el peso que es forzoso levantar; y en esto se vislumbra ya la necesidad de una ayuda ó redención.

«Este raciocinio, se replicará, sería exacto respecto del primer hombre, pero nosotros somos capaces de nuestros fines. ¡Cuánta injusticia y cuánto absurdo sería darse á creer que todos somos castigados por la falta de nuestro primer padre!»

Sin decidir aquí si Dios tuvo ó no razón para hacernos solidarios, todo lo que sabemos y todo lo que nos basta saber es que existe esta ley, pues vemos que en todas partes el hijo inocente sufre el castigo debido al padre culpable : ley tan estrechamente enlazada con el principio de las cosas, que se repite hasta en el orden físico del universo. Cuando nace un niño contaminado de males, á consecuencia de la vida licenciosa de su padre, ¿por qué no nos quejamos de la naturaleza, pues en último término, qué ha hecho ese inocente para que sobre él recaiga el castigo de ajenos vicios? Ahora bien : las enfermedades del alma se perpetúan como las del cuerpo, y el hombre se halla castigado en su última posteridad, de la falta en que le hizo incurrir la primera levadura del pecado.

Probada así la caída por la tradición universal y por la trasmisión ó la generación del mal moral y físico; y por otra parte, habiendo quedado los fines del hombre tan perfectos como antes de su desobediencia, aunque él haya sufrido una degeneración, debemos inferir que una redención ó un medio cualquiera de hacer al hombre capaz de sus fines, es una consecuencia natural del estado en que ha caído la naturaleza humana.

Una vez admitida la necesidad de una redención, busquemos el orden en que podremos encontrarla. Este orden puede tomarse en el hombre, ó en una condición superior á él.

En el hombre. Para suponer una redención, necesitase que el precio esté á lo menos en razón directa de la cosa que se ha de rescatar. Y, ¿cómo suponer que el hombre, imperfecto y mortal, pudiera ofrecerse á sí mismo para reconquistar un fin perfecto é inmortal? ¿Cómo el hombre, participe de la primera culpa, hubiera podido bastar, así para la parte de pecado que le corresponde, como para la que corresponde al resto del género humano? Semejante abnegación ¿no exigía un amor y una virtud superiores á la naturaleza? Parece que el cielo quiso dejar trascurrir cuatro mil años desde la caída hasta la rehabilitación, á fin de dar á los hombres tiempo bastante para juzgar por sí mismos cuán insuficientes eran sus degeneradas virtudes para tamaño sacrificio.

Réstanos, pues, ya solamente la segunda suposición; esto es, que la Redención debía proceder de una condición superior al hombre. Veamos si podía ser obra de algunos seres intermedios entre Dios y el

Milton concibió una idea feliz al suponer que después del pecado, el Eterno preguntó al consternado